

MANUEL C. DÍAZ Y DÍAZ
(1925-2008)

Per iter stellarum seu caminum

El pasado 4 de febrero de 2008 fallecía en Santiago de Compostela quien constituye uno de los pilares fundamentales de los estudios de filología latina medieval en España. Más allá de la cátedras universitarias que desempeñó (Valencia 1953-1956, Salamanca 1956-1968 y Santiago de Compostela desde 1968) y los Doctorados *Honoris Causa* recibidos por la Universidades de Coimbra, León, Valladolid, Salamanca, Lisboa y Santiago de Compostela, los muchos reconocimientos de todo tipo recibidos y los cargos desempeñados a lo largo de su dilatada trayectoria profesional, sobresale la defensa que, desde unos sólidos principios filológicos, practicó de los «otros latines» y particularmente del latín medieval. Su rigor en la investigación y su permanente compromiso docente le otorgan un lugar muy destacado en las humanidades españolas.

M. C. Díaz y Díaz confesó en el curso de las muchas entrevistas que concedió que su dedicación al medievalismo le «sobrevino» gracias a la fortuna de impartir la asignatura de *Latín vulgar*, ese «latín descuidado, no sometido a tantas reglas gramaticales y hablado por gente de mediana formación». Ese arranque del azar le permitió aplicar las dos virtudes que siempre aconsejaba a todo investigador novel: paciencia y constancia. La paciencia que le posibilitó huir del desánimo; la constancia que abría la puerta para desentrañar las interconexiones de todos los temas, «porque la vida del hombre, siempre, a través de la historia, ha sido una» y «es el hombre el que le da uni-

dad a todas esas materias diversas». Sin paciencia ni constancia el investigador no es capaz de dedicar su vida «a la búsqueda profunda de todos los elementos que pueden llegar a componer una verdad». Tal era su definición de investigación, donde, conocedor de las limitaciones de nuestras disciplinas no pretendía hallar «la verdad». De ese modo, su tesón fue desgranando y develando el medieval hispano en más de 300 publicaciones. De entre ellas destacaremos su *Antología del Latín Vulgar* (Madrid 1950 –y varias reediciones y numerosas reimpresiones–), su *Index Scriptorum Latinorum Medii Aevi Hispanorum* (Madrid, 1959); sus *Anecdota wisigothica* (Salamanca 1958); sus ediciones críticas del tratado irlandés *De ordine creaturarum* (Santiago 1973) o *La Vida de San Fructuoso de Braga* (Braga 1974), o *De Isidoro al siglo XI* (Barcelona 1976) y *Libros y librerías en La Rioja altomedieval* (Logroño 1979 [reed. 1991], que le valió el Premio Extraordinario del Patronato Milenario de la Lengua Española en enero de 1979); fue promotor y editor de *Isidoriana* (León 1961).

Gracias a esta extraordinaria trayectoria científica recibió el Premio Nacional de Investigación Humanística Ramón Menéndez Pidal en 1997. Ahora bien, no por ello consideró que su viaje había concluido. Hasta fechas muy cercanas a su óbito, y muy a pesar de los problemas de visión que le aquejaban, mantuvo su actividad, entusiasmado con las posibilidades que le brindaban las nuevas tecnologías y, sobre todo, alentando y azuzando a los demás investigadores a explorar con tenacidad los textos medievales –«esas cosas de Don Manuel»–.

Su otro gran galardón fue la Medalla al Mérito Docente de la Orden de Alfonso X el Sabio, concedida en 1979. A él debe añadirse la pléyade de discípulos que se extiende a toda la península y más allá. Ambos aspectos subrayan su constante dedicación a la enseñanza de la lengua latina, desde unos supuestos que, aplicados ya desde sus primeras clases, hoy se nos antojan de manifiesta modernidad. Su postura fue siempre de radical oposición a los métodos «gramaticales», a la metodología aplicada habitualmente en el estudio de nuestra lengua y que, con sus propias palabras, conduce a aplicar los mismos criterios y normas que en el siglo XVI; y los objetivos son netamente diferentes. Trató de romper con esa tradición docente que aleja a los alumnos del estudio de una lengua que él hacía atractiva porque conseguía descubrir «el lenguaje literario de los textos» y siempre prescindió de pasar «horas a la caza de los genitivos».

La semblanza de este universitario, excelente investigador y mejor docente, no se completaría sin la referencia a sus tareas de gestión. Fue Director del Colegio Universitario de Lugo (1971-1974) y Vicerrector de la Universidad de Santiago de Compostela. Su compromiso con la calidad en nuestros trabajos y con el impulso de internacionalización de nuestros estudios le llevó a ser el primer presidente de la Agencia de Calidad Universitaria de la Comunidad de Galicia.

Su imponente físico y su voz, de una textura radiofónica envidiable, transmitían sabiduría y el contagioso entusiasmo que sólo puede poseer quien disfruta con su trabajo, y con los suyos, su esposa, sus hijos y sus nietos, de quien siempre estuvo atento. Esa atención y esa dedicación le llevaron a ser «profeta en su tierra», que le concedió la Medalla de Plata de la Junta de Galicia, la Medalla de Oro de la Ciudad de Santiago de Compostela al mérito cultural o el VII Premio Internacional Compostela de la Junta de Galicia.

La vida y la investigación son una peregrinación. M. C. Díaz y Díaz recorrió el camino y al Camino dedicó muchas de sus lecturas. Hoy, junto a las estrellas que conducen a Santiago, sus obras y su recuerdo alumbran y orientan nuestras investigaciones.

Juan MESA
Universitat d'Alacant